



**MÁS RESPETO  
QUE SOY TU  
MADRE  
HERNÁN  
CASCIARI**

En clave de humor, con total desenfado y una precisa visión de las pequeñas miserias cotidianas que asolan a las familias desavenidas, Hernán Casciari nos presenta a Lola, un ama de casa agobiada por todos los problemas de su pequeño mundo: un marido en paro, dos hijos adolescentes e insoportables, un matrimonio sin pasión, y hasta un suegro drogadicto que se pasa las tardes tocando la batería. Lola escribe un diario tan íntimo como desopilante en el que trata de dar salida a sus angustias a base de ternura..., y de un amante uruguayo.

## Índice de contenido

Cubierta

Más respeto, que soy tu madre

Dedicatoria

Introducción

Los pobres también veraneamos

Susurros en el patio

Una pesadilla con mi hijo

Uno que pide

Campeón europeo de váter-mano

Escándalo en el barrio

Los viejos rencores del Zacarías y su padre

Cuni... ¿qué?

Secretos oscuros de la Negra Cabeza

Home, sweet home

Tenemos que ponerle más voluntad

Un hombre llamado Douglas

Los antipirosos del Zacarías

Cantinflas, un gato mexicano

Hasta el jueves, caballero

Nunca hay que hablar de más

El Toño al psicólogo

Ha llegado un mago con las manos enharinadas

La vida real es muy triste

El Toño gana por puntos

Mostaza y mayonesa

El sexo en la tercera edad

Familia de intelectuales

El Nacho ya tiene un nuevo amor

Una cena demasiado larga

Y aquí no ha pasado nada

Gilipollas, pero deseado

Siempre es difícil volver a casa

El veterano, el menor, su mujer y su amante

La larga noche del parchís

Reglas para la vida sentimental de la Sofí

Los Peralta

La vuelta del hijo pródigo

Los grandes inventos son casualidades

El Toño fue el primero en acordarse

Sacrificios navideños del Zacarías

Durmiendo con Papá Noel

Llora, mi vida

Viaje al interior del Barrio Oscuro

¿Ya no somos clase media baja?

Terrores del pasado

Un aire a Meryl Streep

¿Cuándo fue tu primera vez?

Nacho aparece como desconectado

Viejos son los trapos

No todos los hijos son iguales

No te cases ni te embarques

Brigadas nocturnas de vecinos

Instrucciones para domesticar a un yerno

Abuela

El Zacarías está celoso

Candidato a «loco del barrio»

Durmiendo con el enemigo

Gente de buen apellido

Los hippies aman al Toño

¿Tú quieres a papá?

Las cartas están echadas

El regreso del Zaca-corcho

Las hormonas de la juventud

El día que vendimos pizza bendita

La Sofi cumple los quince

La tarde en que la parí

El Zacarías en las fiestas se convierte en mono

Ida y vuelta para el Nacho

De repente, la vejez

Éramos pocos y... el Jeremías

El Toño, enfermero

La Sofi quiere el cincuenta por ciento

La tristeza de un hermano celoso

¡Hasta el año que viene, Sumcutrule!

La Negra Cabeza y el Jeremías se entienden

Y el abuelo un día...

Mi suegra, la muerta

El amor viene en envase de medio litro

Charla íntima entre mujeres

El Jeremías nos trae la globalización a casa

¡El Zacarías en el bar se convierte en otro!

El corazón del Nonno está desbocado

Un adiós subsahariano

No me vengas con preguntas rebuscadas, Antonio

El Zacarías descubre al Zacarías

Autor

*Para Cristina Badia Tost, que leía cada capítulo  
por la mañana, con la panza llena de Nina*



## Introducción

Nací el 19 de diciembre de 1951 aquí, en este mismo barrio. Una semana antes de cumplir los catorce, en medio de la clase de caligrafía que daba una monja insensible que se llamaba hermana Caridad, noté algo raro que me bajaba desde el estómago a la entrepierna. Me sentí tonta. No tenía la menor idea de lo que era la regla. Después el innumerable inauguró cien pantanos y otros cien, y siguió pasando el tiempo. Me acosté por primera vez con un señor el 1 de mayo de 1971. Yo tenía casi veinte años y estaba muerta de miedo. «No vamos a hacer el amor —me dijo—, vamos a juntar los pelos», y yo le creí por primera vez. Desde entonces le he creído siempre a ese señor, que ahora ronca en la otra habitación mientras escribo. Se llama Zacarías y ya no se acuerda ni de la fecha, ni de mis temblores, ni mayormente de nada que tenga que ver conmigo.

Desde la tarde en que junté los pelos con él por primera vez (era el día del Trabajo, hacía frío y habíamos tomado chocolate con churros y habíamos ido al cine porque echaban una de Ozores), la regla me falló solamente tres veces; la primera hace casi treinta años, cuando quedé del Nacho, mi hijo mayor. Fui madre por primera vez a los veintitrés años, y rompí aguas por última vez cuando nació la Sofí, a mis treinta y ocho. Todavía me sentía joven. Miro fotos de aquella época y tengo el peinado rarísimo; todas íbamos con la permanente y con hombreras, no sé por qué. Yo estaba más delgada; parecía un junco. Después vinieron las varices, las estrías, el Toño que nació cabezón y casi me

desgarra (Antonio es mi hijo del medio), más tarde llegó el socialismo con la ilusión del cambio, y el principito llevando la bandera en Barcelona... Pero la regla estaba, todos los meses. A veces las pelotas no, a veces los revolcones con el Zacarías no, pero la regla estaba. Puntual. Era la única cosa que no me había traicionado nunca. Por eso ahora me siento en Babia, como si me faltara el sonido del despertador por la mañana.

A la Sofi, que es mi hija pequeña y la única mujer de esta casa, se lo he intentado explicar esta tarde, pero tampoco me entiende. Ella es joven (le ha venido por primera vez hace poco) y no se puede esperar que entienda lo que me pasa. Me ha dicho que consulte por Internet, que allí hay médicos virtuales que no te cobran un duro. ¡Hala!

Yo siempre había sido como un reloj, todos los meses de mi vida, y ahora ando un poco cabizbaja. La espero desde el miércoles y nada. Nada de nada. La que llegó un día en medio de una clase en el Colegio de la Misericordia y me dio vergüenza que llegase, ésa, ya no viene más. Ya no me da la lata. El mes pasado fue la última vez de muchas cosas y yo sin darme cuenta.

Mientras escribo navego en una página médica, pero todo lo que dice allí no es ninguna novedad. ¿Tiene usted dolores óseos? Sí. ¿Tiene depresión, irritabilidad, angustia, insomnio? Sí. ¿Tiene molestias en las relaciones sexuales? Ni la más remota idea, señor médico virtual, porque el Zacarías no se toma la molestia de descubrirlo desde hace siglos, que se dice pronto. ¿Tiene mayor flacidez en las mamas? Sí, parecen dos quesos de Burgos. ¿Tiene sequedad vaginal? Tengo para mí y para regalar. ¿Qué más tiene, señora? ¿Qué más tengo? Tengo cincuenta y un años, ocho meses y trece días. Tengo ganas de llorar y de que alguien me abrace. Pero son las cinco de la mañana y toda la familia duerme como si en esta casa no pasara nada.

## Los pobres también veraneamos

Desde que al Zacarías lo echaron de Astilleros y nos quedamos sin un duro, la familia entera se ha puesto de acuerdo sobre dos particulares: primero, decidimos ser pobres; y segundo, nos aseguramos de que nadie en el barrio se diera cuenta. Lo uno por necesidad, lo otro por buen gusto.

Lo que hicimos entonces fue poner en venta la casa y dejar de pagar la hipoteca. Nos vinimos a vivir aquí a la esquina, que es la casa de mi suegro. Primero hubo que avisarle, porque él vive también aquí. Ahora estamos a la espera de que se venda la casa vieja y cobrar un dinero para montar una pizzería aquí mismo, en el garaje. Al principio don Américo, que es mi suegro, puso algunas pegas, pero le dijimos que él se encargaría de dirigir el negocio y entonces dio el brazo a torcer.

—Será una empresa familiar en la que trabajaremos todos, Nonno —le dijimos.

Pero mientras se vende la casa vieja (los trámites nos están matando), se nos ha echado el verano encima y somos más pobres que cuando no teníamos nada.

Lo mismo que el año pasado, en esta época de agosto empezamos a decidir adónde vamos a decir a los vecinos que nos vamos de vacaciones. Lo que hacemos en realidad es encerrarnos quince días sin asomar la nariz por la puerta, pero de todos modos hay que escoger un sitio.

El año anterior dijimos que nos íbamos a Francia, y cuando pasaron los quince días salimos de nuevo a la calle con camisetas de la torre Eiffel y con unas cajas de cham-

pán barato que encontramos de oferta en el súper. Le regalamos champán a todo el barrio. Este año el Zacarías dice que podríamos decir que nos vamos a Benidorm, porque Francia no está tan barato como el año pasado.

—¿Y qué coño te importan los precios de Francia, si en realidad nos vamos a encerrar aquí dentro? —dice el Toño, que siempre se queja porque no le gusta encerrarse con nosotros.

Los críos adolescentes son muy poco dados a la imaginación.

—Porque hay que ser coherentes, Antonio —instruye el Zacarías—; además, queda feo aparentar dos años lo mismo.

—Eso es verdad —digo yo—, una cosa es ser miserables y otra cosa es no tener creatividad.

—Más feo es mentir —aporta el Nacho.

—Más feo es que no se te conozca novia —retruca el Zacarías, y así empiezan siempre las discusiones.

El tema de fingir antes era otra cosa, pero con la miseria generalizada se ha convertido en un hazmerreír. El año pasado nos despedimos de todo el mundo el 2 de agosto y nos fuimos a la terminal de autobuses. Regresamos bien de noche, escondidos en las sombras, y nos metimos en la casa sin que nadie nos viera. A los tres días de estar encerrados, yo estaba en el patio regando las plantas y aparece la cabeza de la vecina por encima de la medianera.

—¡Lola! —me dice—. ¿No estabais en Francia?

—¿Y tú? ¿No te habías ido anteayer a Cancún?

—Sí —me dice la vecina—, lo estamos pasando muy bien, volvemos a fin de mes. ¡Qué calor que hace aquí, en Cancún!

—Aquí en París nos ha llovido dos días seguidos, pero ahora se ha puesto mejor —le digo yo—; lo que pasa es que en Francia, aunque llueva, tienes tantas cosas para hacer...

—Venga, te dejo —me dice ella, bajándose de la medianera—, que me voy a una excursión a las ruinas mayas. Nos vemos a la vuelta, en el barrio.

—Sí, nos vemos allí —le digo—, gracias por llamar.

Y las dos nos encerramos otra vez, cada cual en su casa, a esperar que termine el verano.

Yo digo que para aparentar como Dios manda tiene que haber gente que se vaya de verdad a alguna parte. De lo contrario, ¿qué gracia tiene hacer todo el esfuerzo de encerrarse? A mí fingir no me seduce, pero lo que me pone los pelos de punta es cuando el barrio finge que no se da cuenta de que estamos fingiendo.

## Susurros en el patio

Lo que más nos costó de venirnos a vivir a casa de mi suegro es que el Nonno y mi marido nunca se han llevado bien. En realidad, no se hablan. El Zacarías dice que su padre lo abandonó de pequeño para irse a vivir a Italia. Don Américo, en cambio, asegura que él a Italia iba a trabajar, porque era camionero, y que gracias a eso mi marido pudo comer caliente. El asunto es que al Zacarías le toca las narices estar bajo el mismo techo que su padre. Los críos, en cambio, parecen encantados de vivir con el abuelo porque su casa es más grande y ni siquiera se sienten lejos del barrio: están a cincuenta metros de donde han nacido.

A mí tampoco me desagrade esta casa, aunque no sea la mía, porque la habitación de matrimonio tiene una ventana que da al patio. Hoy el Zacarías y yo decidimos irnos a dormir temprano, y cuando entramos en la habitación oímos el viento silbando a través de los árboles, y eso no se paga con nada. También, de repente, escuchamos susurros en la ventana. Dos voces hablando por lo bajini. Nos quedamos quietos, oyendo.

Por la mirilla de la persiana vimos que eran el Toño y la Sofi, y sentimos el olorcito dulzón de la marihuana que nos llegaba desde fuera. Antes me habría levantado con la zapatilla en la mano para que dejaran de fumar esa porquería, pero ya tengo experiencia. Si a los hijos les das dos sopapos se te van a fumar a la calle, que es peor. Así que de un tiempo a esta parte prefiero hacerme la sueca. Es lo

bueno de vivir en una casa con patio. La conversación de los críos venía de antes.

—Entonces, ¿tú piensas que hay algo más allá? —decía la Sofi.

—Claro, chica —decía él—, está la casa de doña Paquita, y después están las vías. Y después el barrio del Castriellón, que es una mierda.

—No, idiota, «más allá» es después de la muerte —dice la Sofi—. ¿Tú piensas que hay un dios y todo eso?

—No... —susurra el Toño, rotundo—. Y aunque lo haya, ¿tú has visto cómo cierran los cajones de los muertos?

—¿Cómo los cierran?

—Los clavan... Y después los sueldan, por el olor. Así que aunque haya algo después de la muerte, no puedes salir a verlo, estás enjaulado. A no ser que los parientes te pongan algo para hacer de palanca.

El Zacarías me mira, como diciendo «qué gilipollas es el Toño». Pero yo le hago silencio con el dedo, porque me encanta cuando mis hijos conversan en lugar de pelearse.

—Yo creo que sí hay Dios... —susurra la Sofi—. ¿Tú no crees en el alma ni nada?

—En el alma sí que creo, pero en Dios no —asegura el Toño.

—Tenemos alma, ¿cierto, Toño? Aunque no la podamos ver...

—Claro que tenemos... Cuando tienes acidez lo que te duele es el alma, porque no es ni la barriga ni es la garganta. Es algo en el medio, que debe de ser el alma.

Me tapo la boca. Las cosas que dice el Toño me dan risa. No sé por qué.

—Yo nunca tuve acidez —confiesa la Sofi.

—Las chicas no tienen alma ni tienen acidez —le explica el hermano—, porque son cosas que se aparecen con los eructos y con los pedos. El alma es algo que tú la ves venir, pero que no la puedes tocar, como los coches de fórmula uno.